

Los niños no tienen aún capacidad para afrontar determinadas situaciones de la vida cotidiana y necesitan ser guiados por adultos para conseguir un correcto desarrollo social.

Si el niño no conoce las normas será imposible la convivencia sin conflictos, ya que se desorientaría y se sentiría inseguro al no poder comparar sus actos con ningún referente. Los niños necesitan un modelo paterno o materno para saber si algo está bien o mal y así crecer seguros y felices.

La responsabilidad de la educación de los niños es de los padres y el colegio puede servir como complemento a esta educación, pero el papel de los padres es insustituible. Sin su labor educativa resulta mucho más difícil que los niños maduren como personas y se integren en la sociedad

Disciplina y establecimiento de

Preguntas con respuestas

¿Es necesaria la disciplina y el establecimiento de límites en la educación de los hijos?

Es necesario el equilibrio entre la permisividad y el autoritarismo. Ambos extremos son perjudiciales: una excesiva permisividad hace que el niño no sepa distinguir lo que está bien de lo que está mal y que actúe según lo que le apetezca, de forma egocéntrica y desobediente. Un exceso de autoritarismo anula la personalidad del niño, lo hace excesivamente influenciado por los demás y origina graves problemas de autoestima. A la hora de educar a los hijos es importante tener paciencia, sentido del humor y amor.

En las guarderías es fácil identificar a los niños que están acostumbrados a la existencia de ciertos límites: son los que se responsabilizan de pequeñas obligaciones, como cuidar o guardar los juguetes y son más independientes a la hora de comer o vestirse, a diferencia de otros que, con la misma edad, no son capaces de realizar ninguna de estas tareas porque les ha faltado la labor educativa de los padres.

Eugenia Campillos Morillo
Pediatra de Atención Primaria.
Centro de Salud. Montequinto. (Sevilla)

¿A qué edad es razonable establecer normas?

Cuanto antes mejor. Cuanto más pequeño es el niño más fácil es dejar claro que los padres son los que deciden en casa. Las reglas tienen que ser pocas, claras y adecuadas a su edad y capacidad.

Desde muy pequeño el niño es capaz de captar qué cosas agradan o disgustan a sus progenitores. El niño pequeño aprende de dos formas: por imitación de las conductas de los mayores y por su aprobación ya que, aunque no lo parezca, el niño siempre busca agrandar y actúa en base a las reacciones que provoca.

A partir del segundo año de vida empieza a sentirse independiente y es frecuente que responda con un «no» a todo. Esta etapa es necesaria para la reafirmación de su personalidad y no hay que entender las negativas como desobediencia. Sin excederse en la permisividad, es necesario hacerle ver lo que está bien y mal de forma gradual. Puesto que hay muchas cosas para enseñarle, hay que escoger bien qué pocas normas son las más importantes y evitar tener siempre el «no» en la boca.

A los dos o tres años, cuando ya se pueden comunicar verbalmente, es el momento de empezar a razonar (sin excederse en explicaciones) el porqué pueden o no hacer algo. A esta edad imitan más los

Los niños necesitan el modelo de los adultos para saber si algo está bien o mal

comportamientos (si los padres siempre cruzan la calle cuando el semáforo está verde, ellos harán lo mismo) por lo que no resultan eficaces las palabras que no van acompañadas con el ejemplo. Si se pretende que se comporten bien cuando van de visita tendrán que seguir las mismas normas de comportamiento en casa: sentirse bien, hablar sin gritar, tener cuidado al tocar ciertos objetos... En esta edad hay que estimular su independencia al comer, vestirse, lavarse e ir a dormir. Es importante encomendarles pequeñas tareas acordes a su capacidad como si fuera un juego.

A partir de los seis años, el padre empieza a dejar de ser «todopoderoso». En esta edad hay que enseñar razonando y explicarles los motivos por los que tienen que cumplir las normas. Así, les será más fácil aceptarlas. Pero se debe ser contundente en los aspectos que no admiten réplica. Sigue siendo importante adjudicarles la responsabilidad de realizar pequeños trabajos, como poner la mesa, hacer los deberes, ordenar su habitación... reconociendo más el esfuerzo que los resultados, para que aumente la confianza en sí mismos.

LECTURAS RECOMENDADAS

- *Guía para educar con disciplina y cariño* de Marilyn Gootman (Ediciones Medici)
- *Disciplina inteligente, soluciones eficaces para enseñarles* de Larry Koenig (Editorial Norma)
- *La disciplina en casa* de Joe-Ann Benoit (Ediciones Mensajero)
- *Criar a tu hijo con sentido común gracias al diario creativo para padres* de Lucía Capachione (Ediciones Mensajero)
- *Escuela para padres* de José Antonio Carboles y Javier Pérez-Pareja (Editorial Pirámide)
- *Orientaciones educativas para padres* de Margarita Vidal Lucena (Eos Ediciones)

límites

La adolescencia es una complicada etapa en la que el joven puede sentir incompreensión por parte de los adultos, falta de comunicación y soledad. Es preciso escuchar, mostrar cariño y comprensión y dar cierto margen de libertad para que entienda que se le respeta,

limitar a uno de los padres, sino que debe ser compartida. Las normas deben ser coherentes con la conducta de los padres o de lo contrario perderán todo el sentido y será difícil que el niño las cumpla.

Ser firme, afectuoso y respetuoso, evitando la agresividad a la

cuales sean las circunstancias que la rodeen.

La amonestación debe realizarse sin ira, usando un tono de voz tranquilo y mostrándole que, a pesar de haberlo hecho mal, se le quiere mucho. Esto aumentará su confianza en sí mismo y en sus padres.

Existen formas de castigo que son eficaces e inocuas, como la retirada de privilegios cuando no cumple con sus obligaciones, apartarlo un rato del lugar donde se divierte a otro más aburrido para que reflexione sobre lo ocurrido, retirar la atención de los padres ante conductas inadecuadas (rabietas).

En la forma de establecer disciplina influye la personalidad de los padres, su educación y su nivel sociocultural

pero que a la vez debe cumplir con ciertas obligaciones como estudiar, colaborar en casa y cumplir una serie de normas de orden e higiene que facilitan la convivencia.

¿Cómo establecer los límites?

Las instrucciones tienen que ser claras y bien definidas para que al niño le quede claro qué se espera de él. Por ejemplo, es mejor decir «quédate sentado en la silla durante la clase y en silencio mientras dura la explicación» que decirle: «pórtate bien en clase». Además deben ser adecuadas a la edad y capacidad del niño. No conviene dar al mismo tiempo un número excesivo de normas y límites: es más eficaz dar pocas instrucciones e ir exigiendo poco a poco.

Es necesario que ambos progenitores estén de acuerdo en los límites a establecer y el desacuerdo se debe discutir sin que el niño esté presente. La autoridad no se debe

hora de imponer las normas, puesto que los niños aprenden del adulto su tipo de actitud social. La violencia consigue que, al principio, el niño obedezca por miedo pero con el tiempo pierde eficacia y su personalidad resultará frágil.

No mentir nunca, sino prepararle para aquello que no le gusta diciéndole la verdad. Así será capaz de afrontar la realidad y madurar.

¿Es recomendable castigar?

Cuando se han instaurado unos límites es necesario exigir que se respeten mostrando aprobación o desaprobación en cada caso. El hijo debe saber que, cuando no se respetan los límites, hay consecuencias y éstas deben ser inmediatas y proporcionales a la gravedad de la falta cometida. El niño debe conocer el motivo de la sanción y ésta tiene que ser aplicada siempre que ocurra la falta, sean

¿Es recomendable premiar?

Las recompensas son más recomendables que los castigos, si son oportunas. Al premiar al niño por lo que ha hecho bien se le estimula a seguir por el mismo camino. El problema viene cuando sólo realizan sus tareas buscando el premio. La mejor recompensa que puede recibir el hijo es el cariño, el reconocimiento y la aprobación por parte de sus padres. En algún caso, se puede ofrecer una recompensa material de forma extraordinaria en reconocimiento por haber realizado un gran esfuerzo. El premiar gratuitamente, sin ningún esfuerzo por parte del niño, hace que el niño tenga actitudes «comerciales» pasivas y perezosas. Como ocurre con el castigo, el premio también tiene que ser proporcional al esfuerzo. ■

¿Quiere comentarnos algo sobre lo que ha leído?

No dude en ponerse en contacto con nosotros al correo electrónico: infopadres@edicionesmayo.es